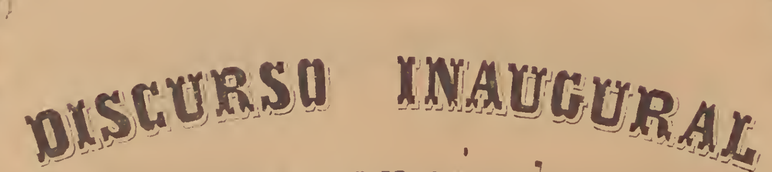
12,



DISCURSO INAUGURAL

pronunciado

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE

Zaragoza



en 1º. de Octubre

DE 1863.

DISCURSO INAUGURAL

QUE

EN LA SOLEMNE APERTURA DE ESTUDIOS

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE ZARAGOZA

el dia 1.º de Octubre de 1863,

PRONUNCIÓ

el Dr. D. Cosme Alácano y Dominguez,

CATEDRÁTICO PROPIETARIO, ANTES DE SAGRADA TEOLOGIA, Y EN LA ACTUALIDAD DE LA FACULTAD DE DERECHO, Y ASIGNATURA DE DISCIPLINA ECLESIÁSTICA, ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE ESTA CIUDAD, ACADÉMICO PROFESOR DE LA JURÍDICO-PRÁCTICA ARAGONESA, VOCAL DE LA JUNTA DE ARCHIVOS DE LA EXCMA. AUDIENCIA TERRITORIAL, ETC., ETC.



ZARAGOZA.

Imprenta y Litografía de Agustin Peiro.

1863.

Sapientiam et disciplinam qui abjicit infelix est.
Sapientiæ, cap. 3.° *ver.* 11.

Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa.
Sapientiæ, cap. 7.° *ver.* 11.

Señores:

Antigua, tan antigua como el mundo es la constante y encarnizada lucha entre el saber y la ignorancia. Parece simbolizar en el mundo de la inteligencia, la lucha en el mundo físico de la luz y las tinieblas, como esta es á su vez el símbolo en el mundo moral, de la no menos tenáz é inestinguible del mal y del bien. Es por esta razon, si bien se considera el mundo en que vivimos, un compuesto de elementos contrarios, sujetos á la influencia de leyes antitéticas conforme á las cuales, cada cosa se encuentra siempre enfrente de la que le es opuesta, el vicio enfrente de la virtud, la verdad del error, el saber de la ignorancia. Guerra terrible, sin tregua ni descanso, que durará tanto como el mundo, aunque en último resultado no podrá menos

de terminar por el triunfo definitivo de la virtud, de la verdad y del saber sobre sus constantes adversarios, vencidos siempre, mas nunca domeñados, por haberlo dispuesto así el que todo lo sabe y puede, á fin de hacernos ver cuán inútiles son nuestros esfuerzos para alcanzar en la tierra, lo que de ella huyó para siempre por el pecado del primer hombre.

Suficiente me parece, Señores, el pálido y reducido cuadro, que de la perpétua batalla á que la humanidad parece estar condenada, acabo de presentar á vuestra vista, para convencer á la juventud estudiosa, á quien especialmente se dirije mi discurso, de la necesidad en que se halla de ponerse de parte de uno de los dos contendientes, si no ha de permanecer pasiva espectadora de una lucha en que se interesan los destinos todos del hombre. Ofendiera indudablemente la clara inteligencia, el buen critério y la nobleza de sentimientos de nuestros idolatrados escolares, si por un momento dudára del partido que abrazarán con entusiasmo puro, ardiente y desinteresado, pues la juventud no acostumbra á regular los briosos impulsos del corazon, por las inspiraciones de una razon friamente calculadora ó egoísta. Es carácter honroso y distintivo de la misma el apasionarse, con esceso quizá, de todo lo que aparece bello, grandioso y sublime, y lo es la Sabiduría. No hay, pues, necesidad de que yo le indique la senda que ha de emprender, si la del saber ó la de la ignorancia; pero cumple á mi deber como Profesor escitarle, con mi débil y desautorizada palabra, á la constancia en el estudio, á la perseverancia en sus laudables y brillantes propósitos. Al efecto voy á presentarle el cuadro comparativo que ofrece la distinta condicion del ig-

norante y del sábio, considerados en sí mismos y con relacion á la sociedad; cuadro que puede recapitularse en la descripcion que de ambos hizo Salomon en las palabras siguientes: Del primero: «*Sapientiam enim et disciplinam qui abjicit infelix est, et vacua est spes illorum, et laborat sine fructu et inutilia opera eorum.*» «*Porque desdichado es quien desprecia la Sabiduría y la instruccion, y vana es sú esperanza, sin fruto sus trabajos é inútiles sus obras.—Libro de la Sabiduría, cap.* 3.º *versículo* 11.» Del segundo: «*Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa.*» «*Todos los bienes vinieron á mí juntamente con la sabiduría.-Cap.* 7.º *ver.* 11 *del mismo libro.*»

En efecto, Señores; *non veluti pecora,* no como los irracionales, sino como ser dotado del nobilísimo atributo que le distingue y eleva sobre los demás de la creacion, es como debe obrar el hombre en este mundo, para cumplir los providenciales destinos que al crearle su Divino Hacedor se propusiera. Para ello le dotó de una naturaleza inteligente y social. ¿Y cómo puede decirse que coadyuva á aquellos fines? ¿Qué pruebas dá de la alta dignidad que es su noble carácter distintivo, el que sumido en una criminal apatía, nada hace para limpiar su inteligencia yerma, de la maleza que la cubre y esteriliza? ¿Con qué razon este hombre víctima de una vergonzosa indiferencia, semejante á la de los irracionales, como ellos tambien sintiendo únicamente el estímulo de las necesidades de la vida material, pretenderá elevarse sobre las demás criaturas animadas, y ponerse al nivél de sus semejantes, cuando todos sus goces, todas sus inclinaciones, sus aspiraciones todas le retienen encadenado á la tierra, fuera de cuya cubierta material y grosera apenas acierta

á entrever un mas allá espiritual é imperecedero? Semejante á la hermosa estátua de que nos habla el Sábio, estátua que tiene ojos y no ve, oídos y no oye, el ignorante, Señores, muestra solamente en su aspecto esterior el sello indeleble de la criatura racional, formada por Dios á su imágen y semejanza. En lo demás, en cuanto á la vida interior, por lo que hace á su vida en el mundo de la inteligencia, en nada se distingue de la estátua, puesto que como ella, no obstante poseer una alma racional, permanece por completo aíslado de la region del espíritu. En esta es donde el hombre, conocedor de sus altos destinos, acostumbra á replegarse, como morada mas digna, mas elevada, y única exenta del decreto de muerte, bajo el que nace, vive y desaparece todo lo que en este mundo tiene forma corpórea y material.

Triste, tristísima condicion la de esos degradados seres, que así desconocen ú olvidan su naturaleza privilegiada, manteniéndose sordos á la voz de la razon, indiferentes al sentimiento de su propia dignidad. Envilecimiento sin ejemplo el suyo, que así los rebaja á la categoría de los brutos, movidos solo por el resorte de las necesidades físicas, sin procurar romper las cadenas que le esclavizan, sin permitirle dirijir una mirada á la idea de su envidiable mision sobre la tierra, idea, gérmen y fuente de todas las grandes ideas, de las aspiraciones elevadas, de los hechos extraordinarios, de todo, en fin, lo que conquista al hombre un lugar entre los buenos. Esta idea le hace vivir en la memoria de las generaciones, rodeado de una gloria inmarcesible, que lejos de disminuir toma incremento de dia en dia, vencedora de la accion destructora de los tiempos. Cuánto el ignorante sea desgraciado, hasta qué punto su condicion sea

mísera y abatida, su envilecimiento y abyeccion, en fin, á qué estremo lleguen, lo demuestra el hecho de permanecer insensible á esa voz interior que contínuamente suena al oído de las almas grandes, y es la que ha producido los héroes, estimulado las ciencias y las artes, y la que ha podido, hasta cierto punto, triunfar de las leyes naturales por medio de la gloria engendradora de la inmortalidad, salvando las personas y las cosas del olvido y de la muerte á que parecen estar condenadas. Con razon, Señores, se dice que el ignorante es quien menos se conoce á sí mismo, porque si así no fuera imposible es pudiera soportar las miradas de ninguno de sus semejantes, sin que la vista del estado abyecto en que acabamos de contemplarle, no le hiciese cobrar tal horror y aversion de sí propio, que la muerte misma le pareciese un mal pequeño, y hasta la creyese un bien con tal de libertarse de condicion tan miserable. No le hemos considerado, sin embargo, para esto, mas que bajo el punto de vista del individuo, con relacion únicamente á sí mismo, prescindiendo de las que le unen á los demás seres de su misma especie. Contemplémosle, pues, bajo este segundo aspecto, no menos interesante que el primero, y aparecerá la ignorancia en toda su fealdad y estado mas repugnante. Ciertamente, Señores, que mas de una vez al meditar sobre este punto, no he podido menos de admirarme, cómo los antiguos sábios, tan celosos en escitar á los hombres al ejercicio de las acciones virtuosas por medio de recompensas, así como en establecer castigos para la represion de los hechos inmorales y nocivos, no sancionaron una disposicion, que á semejanza de las leyes Cornelia, Julia, Calpurnia, Manilia y otras mil en sus Códigos contenidas, amenazase y estimu-

lase con el temor de la pena al perezoso y apático á salir de su indolencia tan perjudicial á sí mismo y para la sociedad. Evitáranse de este modo los inmensos males que son en ella la necesaria consecuencia de la ociosidad y de la ignorancia. Hasta parecía que aquellos sábios varones deberian haber sido menos indulgentes con este defecto que con ningun otro, si se observa, que con justísima causa le consideraron fuente y raíz de todos los vicios. Por esta razon, despues de condenarle duramente cuantas veces se ofrece, inculcan como único medio de evitarlo, la práctica de la virtud contraria, ó sea el hábito del trabajo, el ejercicio del estudio, ó una ocupacion cualquiera modesta y moderada. Pero reflexionando mas detenidamente, he llegado por fin á convencerme, de que, lo que á primera vista parecía omision ó descuido, no era sino por el contrario, sábia cordura y prudencia suma, atendido á que, una falta que en sí misma lleva envuelto el oportuno correctivo, ninguna necesidad habia de reprimirla, adoptando para ello una disposicion especial. Porque ¿qué castigo, Señores, mas grande para el ignorante que su propia ignorancia? ¿Dónde como esta se encontrará una pena que mas ruda y terriblemente le haga espíar su falta: que impida su rehabilitacion: que le haga perder toda esperanza de indulto, mientras no venga una enmienda radical á borrarla por completo?

Entre los infinitos suplicios á que la ignorancia somete al hombre, hay uno, que aunque á muchos parecerá leve, es en mi concepto el mas grave, y que mas crueles y acerbas sensaciones ha de producirle, y este es, el vivir en una sociedad culta é ilustrada.

Se refiere de Sócrates, que para alejar de sus discípulos

la pasion de la ira, no les imponía otra pena, que en los momentos críticos de exacerbacion, se contemplasen en un espejo. Juzgaba el sábio filósofo, que para detestar la ira, era el mejor medio, que cada cual viese con sus propios ojos el repugnante estado de su rostro. Inmensos fueran los beneficios que la sociedad reportára, si existiera un espejo en que el ignorante se viese cual es en medio de la ilustracion. Indudablemente se horrorizára de sí mismo al contemplarse tan distante del resto de la humanidad. Huyera de sí propio y corriera á ocultar su ignorancia en la soledad de los bosques, contento de no tener mas compañía que la de las fieras, con tal de evitar las miradas de los demás hombres, para que no leyeran en los colores de su rostro lo vergonzoso de su afrenta. Desgraciadamente, sin embargo, no es así. El ignorante es quien menos se conoce á sí mismo. No teniendo un espejo en que poder contemplar el horrible retrato de su alma, estando por otra parte tan predispuesto el amor propio á disimular los propios defectos, tal vez, y no es esta la menor de sus desgracias, se considera, no digo igual, sino hasta superior al mérito sólido y verdadero. Tal vez aspira á las consideraciones y honores solamente á éste debidos: tal vez hasta los consigue, que no siempre es el mérito quien triunfa en un mundo, donde la intriga, el servilismo y la audácia tienen su asiento. Pero todo esto ¿de qué sirve? De poner mas de manifiesto su incapacidad, y hé aquí, porque he dicho, Señores, que no era esta la menor de sus desgracias. Puesta su nulidad en evidencia, ha de atraer sobre sí precisamente el universal desprecio; acaso se conquiste un nombre, que pasará á la posteridad, sí, pero inmortalizado con ese estigma ig-

nominioso, que es propio de las tristes celebridades. No debe estrañarnos, Señores, que al reflexionar los antiguos filósofos sobre la materia, y advirtiendo el ningun uso que el ignorante hace de los dos preciosos atributos que distinguen al hombre de los demás animales; la razon y la palabra; le considerasen rebajado al nivél de los seres irracionales, y hasta de los objetos inanimados, comparándole algunos á un tronco, árbol ó piedra ; pero cualquiera que sea la exactitud de estas comparaciones, es lo cierto que los sábios han dudado de la naturaleza á que corresponde, aunque todos convienen, en que, entre el ignorante y los irracionales existe bastante afinidad. ¡Terrible y lastimosa en demasía la condicion del ignorante! Si calla, confiesa con su forzado silencio su miseria y abyeccion; si habla, se hace objeto de la befa, escarnio y mas absoluto vilipendio. Es, pues, el ignorante, el mortal mas infeliz y desdichado; «vana es su esperanza, sin fruto sus trabajos é inútiles sus obras.»

Aunque á grandes rasgos y por mano poco diestra trazada, queda espuesta, Señores, la mísera condicion del hombre que por su negligencia y apatía se halla sumido en la mas punible ignorancia. Más exacta y convincente aparecerá la descripcion, comparando la condicion de aquel con la elevada y completamente satisfactoria del sábio.

Volvamos, Señores, la vista hácia el halagüeño cuadro que nos ofrece, tanto para hacer resaltar la exactitud de nuestras observaciones con la viveza del contraste, cuanto para borrar de esta manera la triste impresion, que el primero, no ha podido menos de producir en vuestros ánimos.

Así como el ignorante, debemos considerar al sábio bajo dos puntos de vista diferentes: con relacion á sí mismo, y como viviendo en medio de sus semejantes, ó sea, formando parte de la sociedad. De cualquiera de los dos modos que le consideremos, no podremos menos de convenir, en que su condicion es sobremanera envidiable. Nada mas exacto que las palabras de Oro, dictadas por boca de la misma Sabiduría. «*Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa.*» «*Poseo toda clase de bienes, y todo lo debo á la sabiduría.*» En efecto; si todos los bienes verdaderos proceden de ella, ¿habrá uno que poseyéndola, no se deba considerar, cualquiera que sea su condicion y estado, por verdaderamente feliz, en cuanto cabe serlo sobre la tierra? Verdad es, que desgraciadamente no necesita demostrarse, la imposibilidad de encontrar una ventura completa en este mundo, atendido, aparte de otras consideraciones, á que la instabilidad de todo cuanto nos rodea, amenguando y acibarando los placeres mas grandes de la vida, es causa de que el goce de la posesion, vaya mezclado con la inquietud consiguiente al temor de su pérdida. El hombre, sin embargo, puede con sus esfuerzos, arribar al grado aquel de ventura que es dable disfrutar en la tierra, por medio del conocimiento exacto del mundo en que vive, especialmente en sus relaciones con la ley providencial que le rije y gobierna, cuyo objeto es la consecucion del fin justo, grandioso, inmutable preparado por el Criador.

Este conocimiento, no obstante, solo puede proporcionarlo la sabiduría, y en ese conocimiento estriba su felicidad, que como á ninguno se oculta, consiste principal-

mente en la completa paz y tranquilidad del espíritu.

Sin la sabiduría el hombre no puede elevarse á esa altura verdaderamente espiritual, desde la que domina el mundo físico, como la montaña domina el valle, al mar la roca, resistiendo esta inmóvil el ímpetu de las olas, que baten sus flancos con imponente rujido, alzando aquella la cabeza por entre el turbio remolino del torrente, que arrastra cuanto encuentra á su paso, barriendo en su marcha irresistible la llanura. Con la sabiduría, el hombre, sobreponiéndose á la tiránica influencia de las leyes de su mísera condicion, mira siempre con ánimo igual y reposado los dolores y los placeres que alternativamente se suceden considerándolos á la luz de esa celestial antorcha, emanacion de la luz divina, como son en su esencia y realidad. Sin embargo, dotado el hombre de una naturaleza sensible, no puede mostrarse indiferente á la accion de las causas esteriores, que sobre aquella ejercen la mas directa influencia, pero ausiliado de la sabiduría, resiste su choque valerosamente. Moderado en la prosperidad, como firme en el infortunio, sin que este sea capáz de abatirle, como aquella tampoco pueda enorgullecerle, manifiesta en todas las condiciones de su vida, esa constante igualdad de génio, esa inalterable tranquilidad de ánimo, que es el carácter peculiar y propio de la felicidad verdadera, exenta de los vaivenes de la agitacion, de la movilidad contínua y caprichosa á que están sujetas todas las cosas de este mundo. El cetro de un reinado efímero pasa en él alternativamente y sin cesar, de manos de la alegría á las del dolor, de las de la opulencia á la mas espantosa miseria, á las del infortunio, en fin, de las de la prosperidad. Además, nuestro ánimo, segun los filósofos, puede concebirse como

dividido en dos partes; la una dotada de razon; la otra de sensibilidad. Con frecuencia acontece, que en esta, se esciten desordenados y turbulentos movimientos de ira, envidia, codicia y venganza, que traen en pos de sí otros varios como consecuencias. Si en todos estos casos no apareciera la razon ejerciendo su imperio, acallando y sofocando las pasiones, indudablemente, el hombre fuera víctima de ellas. Sostiénese entonces una lucha entre la razon y las pasiones, pugnando estas por sobreponerse á aquella y esterminarla. En circunstancias tan críticas y difíciles, en peligro tan inminente, ¿cómo la razon consiguiera sojuzgar á sus terribles adversarios, si la sabiduría no viniera en su socorro, prestándole su poderoso ausilio? El estudio de las buenas letras; los consejos de los filósofos; los repetidos y variados ejemplos suministrados por la Historia; la investigacion de los profundos arcanos de las demás ciencias, y ante todo, la meditacion sobre las máximas de verdad eterna, consignadas en los libros santos, son otros tantos inespugnables baluartes de que se sirve el sábio para defenderse, contrarestar y triunfar de sus enemigos. En la sabiduría, pues, únicamente, y nada mas que en la sabiduría; pero sabiduría verdadera, en la que, segun la espresion del Sábio por escelencia, jamás pierde de vista el santo temor de Dios, en la que se dirije á Dios como último término; para esplicarme con claridad, en la ciencia acompañada de la virtud, es donde el hombre encuentra el sosiego y la tranquilidad del alma, que produce su felicidad.

Miles de ejemplos pudieran citarse de esta verdad, porque la historia de la vida de los pueblos, nos los ofrece numerosísimos á cada paso; pero me contentaré con ofrecer al-

gunos elejidos entre los mas célebres, á fin de no fatigar vuestra atencion, que os ruego, continueis dispensándome, para apoyar la verdad de mis argumentos, en el testimonio irrecusable de los hechos. Así, pues, y dejando á un lado el ejemplo admirable que nos ofrecen Anaxágoras, Dion y Jenofonte, contemplando impasibles los fríos despojos de sus hijos, sin dar muestra de la menor alteracion ni aun en el rostro: pasando por alto al príncipe de los Oradores Romanos, que con estóica firmeza entrega su cuello á la cuchilla, vibrada por las manos de la mas negra ingratitud, y cien otros, que en todos los pueblos y épocas, nos están pregonando la indomable fortaleza del hombre defendido por las invulnerables armas de la sabiduría, imposible es tratando de esta materia, pasar en silencio á Dionisio, Tirano de Siracusa. Derrocado del trono, y reducido al oscuro papel de un Maestro de Escuela, se le preguntó en tono de mofa, de qué le habian servido sus estensos conocimientos de la filosofía griega, y respondió que, de acostumbrarse á recibir los golpes de la fortuna, sin rendirse cobardemente bajo su peso, por el convencimiento profundo que abrigaba de la caprichosa veleidad con que aquella suele conceder y retirar sus favores. Así se condujeron estos y otros sábios de la antigüedad, apesar de no haber herido los ojos de su inteligencia la refuljente antorcha del Evanjelio. Mas adelante, en tiempos aunque distantes, mas cercanos á nosotros, un hombre ilustre, un sábio verdadero, astro radiante que brilla en medio de una época de tinieblas, no tirano como el primero, sino víctima de la tiranía, escribe tranquilamente, durante la mas injusta persecucion, las páginas del libro inmortal, que la posteridad imparcial ha

colocado en el número de las grandes obras del ingénio humano. Hablo de Boecio, y de su Tratado de consolacion. Y sin salir de nuestra pátria, que harto fecunda es en hombres ilustres, como proverbial su ingratitud para con ellos, ¿quién podría echar en olvido al inmortal manco de Lepanto, dando vida á su creacion portentosa entre los horrores de una cárcel? ¿Quién, limitándonos casi á nuestros mismos dias, dejaría de mencionar al patricio insígne, jurisconsulto profundo, literato eminente, íntegro Magistrado, honra y orgullo de la moderna España, al gran Jovellanos, en fin, que en la misma sombría fortaleza donde la envidia trata de sepultar su mérito, encuentra un manantial de ricas inspiraciones, que como su memoria, no morirán jamás? Infinitos ejemplos pudieran aducirse semejantes á los espuestos, que considero suficientes para probar, que el sábio, en medio de los infortunios y vicisitudes mas crueles, conserva la paz y tranquilidad de espíritu siempre inalterables.

Hemos examinado hasta aquí al hombre sábio considerado en sí mismo; veámosle ahora, en sus relaciones con los demás en medio de la sociedad.

Por rudo que sea un hombre no puede ignorar, pues está en la conciencia de todos, cuánta es y siempre ha sido la gloria, el honor, dignidad, escelencia y veneracion del sábio, y que como la sombra al cuerpo le sigue á todas partes. Cuanto el hombre puede considerar como un bien, se halla vinculado en la ciencia y forma su patrimonio. Hasta en los pueblos menos cultos, se tributa el homenaje debido á ese don divino, cuya idea se presenta intuitivamente con su carácter de grandiosidad y belleza á todas las inteligencias. En todos ellos, el Sacerdote, el Derví, el Brachma, el

adivino, el representante, en fin, de la escasa y nebulosa instruccion intelectual, de que tales pueblos son capaces, descuella, como la primera figura del Estado, ejerciendo el predominio de su influencia sobre la sociedad en que vive.

Es cierto, no obstante, en tésis general, que el sábio, á semejanza de todos los grandes hombres, parece como predestinado á agotar en este mundo el cáliz de la amargura, víctima de males sin cuento, blanco de las persecuciones debidas á la envidia, ingratitud y tiranía; pero tambien lo es, que tarde ó temprano, si no hoy mañana, se concluye siempre por hacerle justicia, reparando una generacion futura los agravios recibidos en mengua de su buena memoria de las que pasaron; lo es igualmente, que mientras vive, se neutralizan los efectos del infortunio, y se compensan con usura, con el sin igual placer é inefable gozo que el sábio esperimenta con la meditacion, y consiguiente fruicion en la ciencia, que jamás le abandona. Todos los goces terrenos ya del alma, ya del cuerpo, son de corta duracion: tienen sus períodos fijos que el hombre no puede traspasar. Cuanto llama su atencion en la edad juveníl, se hace enojoso y molesto en la adulta; y lo que en esta le embriaga y enajena, es ya intolerable en la senectud. Mas las suavísimas delicias de las ciencias, y sus incomparables goces, son de todos los tiempos y edades, son perpétuos, no se estinguen sino con la muerte. El placer que del estudio proviene, lejos de disminuirse con la edad, se aumenta de dia en dia, marchando sin cesar en progresion ascendente. La historia de todos los pueblos á cada paso nos demuestra, que los sábios, aun los mas decrépitos, amaron las ciencias y las cultivaron hasta el fin de su vida. Gorgias,

maestro de Isócrates, estudió incesantemente hasta la edad de ciento siete años. El mismo Isócrates apellidado por Ciceron, el maestro de la elocuencia, escribió á la edad de noventa y seis años, un escelente y muy ensalzado panegírico, y no cesó de enseñar retórica hasta los noventa y nueve años en que falleció. Carneades, esplicó y escribió hasta los noventa años en que dejó de existir. Platon, murió escribiendo á los ochenta años. No menos fruicion tuvieron en el estudio los Santos Padres Gregorio, Basilio, Agustin, Gerónimo, Ambrosio y otros cien, tanto griegos como latinos, que llegaron á la edad mas avanzada sin abandonarlo. Por no molestar con citas pasaré por alto una multitud de eminencias científicas que en los tiempos modernos han descollado en España, Francia, Alemania y demás pueblos de Europa, cuyo amor á las ciencias, y perseverancia en el estudio nos revelan esa infinidad de volúmenes preciosos y de valor inestimable, que en todos los ramos del saber humano nos legaron.

Creo, Señores, haber demostrado, aunque lijeramente, que cuanto el hombre considera como un bien, cifrando la felicidad en su posesion, es patrimonio del sábio; aunque todos y cada uno de estos bienes, lejos de satisfacer al hombre, le dejan mucho que desear, pues no le eximen de cuidados y sobresaltos: que la paz y tranquilidad del alma en medio de los mas graves infortunios le hace superior á cuanto le rodea, y es la única que puede satisfacerle, haciéndole felíz en lo que cabe en este mundo: que á este goce sin interrupcion, solo es llamado el sábio, que lo esperimenta mientras vive, sin decaer ni amortiguarse por la senectud.

Luego el sábio, es felíz y dichoso, ya considerado en sí

mismo, ya con relacion á la sociedad en que vive, pues á la sabiduría van inherentes todos los bienes. «*Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa.*»

Ahora bien, Señores; en vista del resultado del cuadro comparativo, que de la distinta condicion del sábio y el ignorante acabo de bosquejar, así como de los perniciosos efectos del descuido, indolencia y apatía en procurarse la instruccion, ¿será posible, que entre el ilustrado auditorio que con tanta benevolencia me escucha, haya alguno que la desprecie? Aquí mismo, en este augusto recinto, sucederá acaso..... Pero no, no es posible. Vosotros, muy dignos y beneméritos comprofesores, que consagrais vuestra vida y constantes desvelos, á difundir el tesoro de vuestra ciencia, entre esa noble juventud, ávida de saber, que recoje y conserva con religioso cuidado el fruto de vuestras lecciones: vosotros, Señores, que por el mero hecho de honrar anualmente con vuestra asistencia esta solemnidad literaria, rendís un público testimonio del alto aprecio que el saber os merece, y al que ninguno permaneceis estraño, no la despreciasteis: vosotros, finalmente, jóvenes escolares, mis idolatrados amigos, á quienes mi voz con preferencia se dirije, y en cuyos rostros veo pintada la generosa impaciencia del atleta vigoroso que se prepara á la lucha; ¿vosotros podríais haceros cómplices de esa desídia criminal, cuando todos vuestros actos conspiran á condenarla; cuando la causa de la ilustracion en España tiene cifrada en vosotros su esperanza, y en vosotros funda su mas robusto apoyo? No. En este momento se levanta en mi interior una voz severa, que me reprende por haberme atrevido á acojer un solo instante sospecha tan injuriosa. Es la voz de mi

corazon, que habla siempre al sentir el contacto de la juventud generosa, á cuyo lado cree rejuvenecerse, esperimentando un estremecimiento de placer indescriptible. La voz de mi corazon, que cuantas veces á ella se dirije, no sabe hablarla mas, que su lenguaje rudo y sencillo, como el de la verdad y el sentimiento: la voz de mi corazon, fuerte siempre lo bastante para hacerse oír, mientras conserve un resto de vida á esa juventud consagrada; por la que en momentos como el actual, siente aumentarse el acelerado movimiento de sus latidos. ¿Qué quereis que os diga, jóvenes idolatrados? El que apesar de la rápida sucesion de los años, cree no envejecer nunca, mientras se halla á vuestro lado, y respira el mismo aire que respirais; el que se identifica con vuestras alegrías y hace suyos propios vuestros dolores; el catedrático, el amigo, en fin, en este momento solo encuentra una palabra en sus lábios que dirijiros: *Adelante.* Y no soy yo solo quien la pronuncia. Desde ese elevado y preferente estrado, teatro hoy de su triunfo, la hacen tambien sonar en vuestros oídos, los beneméritos jòvenes cuyos desvelos empieza ya á galardonar la ciencia, nunca ingrata para los que se le muestran afectos. Esos vuestros compañeros, que correspondiendo á la tierna solicitud de sus padres, vienen hoy á recibir públicamente el digno premio de sus afanes llenando el corazon de los autores de sus dias de la dulce satisfaccion, que ellos solos son capaces de esperimentar. Esos laureados jóvenes, que tan bien saben comprender y poner en práctica sus deberes, como yo os invitan, á la conquista de coronas dignas de vuestras nobles aspiraciones. ¿Quién se mantendrá sordo á su voz cariñosa y potente? ¿Cuál será el corazon de hielo, que á la aproximacion de

la lucha que se le ofrece, permanezca frío, se haga indiferente, ó tímido retroceda, renunciando á la gloria inmarcesible de un triunfo que no puede menos de ser seguro? Seguro, porque os conozco bien; nada hay en el mundo capáz de arrostrar vuestra presencia, si tremolando al viento el estandarte del saber, os presentais en el teatro de la lucha, apoyados en la conciencia de vuestras fuerzas, y en la bondad de vuestra causa, que son dos medios de victoria indefectibles. Yo os veo enardecidos marchar resueltos por la senda que esos vuestros compañeros, en cuyo pecho el digno Jefe de esta Escuela vá á colocar muy pronto las insígnias del premio á que se han hecho acreedores, os marcan abierta, para el que no sea remiso en seguir sus huellas. Unos y otros escuchád mis últimas palabras. *No cejeis*, digo á los primeros. *Imitádlos*, digo á los segundos. Y á todos: En el estudio y la virtud, *perseverancia*.

HE DICHO.